

# Naturaleza poética de la espiritualidad vista desde la epistemología poética de Octavio Paz

J. AMANDO ROBLES\*

Fecha de recepción: Mayo 2010  
Fecha de aprobación: Septiembre 2010

---

## Resumen

*A través de una aproximación crítica a la obra poética de Octavio Paz el artículo busca develar el carácter poético de los textos y lenguajes religiosos a través de una reflexión argumentativa-temática que inicia con la presentación de varios aspectos que la poesía comparte con la religión, tales como su origen, función y finalidad, y concluye con el planteamiento de un nuevo concepto de religión postulado a partir de la concepción de Paz sobre la poesía.*

**Palabras clave:** Octavio Paz, espiritualidad, poesía, religión, belleza.

---

\* Sacerdote de la Orden de Predicadores, doctor en Teología.

## Poetic Nature of Spirituality as seen from a Poetic Epistemology by Octavio Paz

---

### Abstract

*Through a critical approach to the poetry by Octavio Paz, this paper seeks to reveal the poetic spirit of some religious texts and languages by an argumentative-thematic reflection beginning with the presentation of several issues that poetry shares with religion, such as its origin, function and purpose, and concludes with a new religion approach given from Paz' intellectual conception about poetry.*

**Keywords:** Octavio Paz, spirituality, poetry, religion, beauty.

---

## Natureza poética da espiritualidade vista desde a epistemologia poética de Octavio Paz

---

### Resumo

*Através de uma aproximação crítica á obra poética de Octavio Paz, este artigo busca desvendar o caráter poético dos textos e linguagens religiosas através de uma reflexão argumentativa-temática que inicia com a apresentação de vários aspectos que a poesia comparte com a religião, tais como sua origem, função e finalidade, e conclue com a abordagem de um novo conceito sobre religião postulado a partir da concepção de Paz sobre a poesia.*

**Palavras-chave:** Octavio Paz, espiritualidade, poesia, religião, beleza.

---

## Introducción

Si los textos y rituales genuinamente religiosos deben ser leídos como un poema (Corbí)<sup>1</sup>, simbólicamente, es porque lo son, porque la realidad que expresan es poética, así como su lenguaje. De esto quisiéramos dar cuenta en el presente trabajo, y ello de la mano de un poeta, a la vez que magnífico teorizador de lo que es la poesía y de las funciones que ella cumple en la sociedad, Octavio Paz.

Es cierto que partiendo bien Paz en su reflexión, es decir, constatando que poesía y religión tienen en el fondo un mismo origen y una misma pretensión, en lo que respecta a la segunda, la religión, su indagación decae muy pronto o casi no se inicia. Dos razones creemos que lo explican. En primer lugar, el que sea la poesía, no la religión, el objetivo principal y directo de su reflexión; y, en segundo lugar, cuando su reflexión es sobre ésta, el que lo haga desde el concepto convencional de la misma, esto es, la religión como cosa revelada, heterónoma, y, por tanto, algo que tiene su origen más allá del ser humano. Pero sus hallazgos en cuanto a lo que es la poesía compensan con creces en un doble sentido esta limitación: tanto por la profundidad y abundancia de sus aportes, como también porque a partir de éstos podemos pasar ahora de un concepto convencional de religión a un concepto genuino que le haga justicia: la religión como espiritualidad o religión como experiencia y conocimiento sin fondo ni forma, realidad humana autónoma, no heterónoma ni revelada.

Nuestra reflexión cubrirá, pues, los cuatro puntos a los que acabamos de aludir: origen y pretensión que poesía y religión comparten; la religión, su origen y función, en comparación y contraste con la poesía; qué es la poesía y funciones que cumple –los tres puntos citados de acuerdo a Octavio Paz–; y como cuarto punto, el nuevo concepto de religión que a nuestro juicio, a partir de la concepción perspicaz y certera de Paz sobre la poesía, habría que postular.

### *1. Poesía y religión, un mismo origen y una misma pretensión*

Poesía y religión son para Octavio Paz realidades distintas, cada una pudiéndose explicar y explicándose por sí misma. Sin embargo ello no le impide reconocer a la vez lo mucho y valioso que tienen en común y resaltarlos así desde un principio. Se diría que es una necesidad. De lo contrario, tampoco, o

<sup>1</sup> Marià Corbí, *Religión sin religión*, 131; *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, 271.

muy difícilmente, se conocería lo que, a su juicio, es lo específico en cada una de ellas. Y lo que tienen en común es nada menos que su origen y la función que cumplen, en cierta manera, su ser y su finalidad.

Al igual que el amor, la poesía y la religión<sup>2</sup> echan su raíz en el ser profundo que somos: un ser del que tal parece hubiéramos sido arrancados, del que vivimos separados y, sin embargo, un ser o el ser que estamos llamados a ser. Éste es su origen y su fuente. De ahí también su pretensión: transformarnos en ese ser, llevarnos a él, hacer que lo seamos; función que cada una realiza de acuerdo a su naturaleza, pero que atraviesa las tres, las define y las constituye. Tal es la tesis reiteradamente expresada por Octavio Paz en las diferentes obras que constituyen ahora el primer tomo de sus *Obras Completas*, titulado *La casa de la presencia. Poesía e historia*, pero especialmente en su obra *El arco y la lira*<sup>3</sup>. Más aún, Paz dirá, y es muy probable que así sea, que fueron los poetas los primeros en advertir el origen común de amor, religión y poesía<sup>4</sup>.

El ser, que amor, poesía y religión persiguen, es profundamente sutil y, como sutil que es, en las tres al intentar aprehenderlo se escapa. Y es que intentamos aprehenderlo como si fuera algo y existiera fuera de nosotros, algo diferente de nosotros mismos, cuando resulta ser nuestro propio ser, el ser que somos en lo más profundo de nosotros mismos, ahí donde sólo podemos ser, incapaces ya de desdoblarnos en ser y conciencia de ser, en ser y actuar. De ahí esa sensación de realidad huidiza, de ser sutil, incluso de irrealidad. Y sin embargo ambos, realidad y conocimiento, es lo más real y concreto que existe. No es abstracción, menos aún, ser fantasmal.

Lo que es abstracción es precisamente lo que no aparece como tal, lo que aparece más bien como realidad y conocimiento reales, concretos, verificables, pero que en el fondo son contruidos, reducidos y reductores, causales, procesuales, alterados y, en este sentido, abstractos, en el sentido de que para proceder así “abstraen” de la realidad.

Sólo el amor, la poesía y la religión conocen lo real en su profundidad y diversidad, en su riqueza, sin manipularlo ni transformarlo. Aunque Paz lo exprese a propósito de la poesía y de la religión, las tres son «tentativas por

<sup>2</sup> Paz con frecuencia cita estas tres experiencias, pero sabiendo que no son únicas, que hay otras afines (ver “Los signos en rotación”, en *La casa de la presencia. Poesía e historia*, 258).

<sup>3</sup> “El arco y la lira”, en *La casa de la presencia. Poesía e historia*, 33-288.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 146.

abrazar esa “otredad”<sup>5</sup> que Machado llamaba la “esencial heterogeneidad del ser”<sup>6</sup>. «Otredad», en el doble sentido de ésta: lo «otro» como dimensión profunda, que realidad y conocimiento percibidos ordinariamente no nos entregan ni nos pueden entregar, y que sin embargo todo y todos somos; y lo «otro», múltiple, variado, heterogéneo, que el conocimiento convencional tampoco puede conocer sin reducir a lo uno, a lo ya conocido, a lo idéntico. De ahí la expresión sintéticamente tan exacta de Paz uniendo lo que eran dos expresiones en Machado: «otredad» y «esencial heterogeneidad del ser»<sup>7</sup>.

Sin embargo, no preparados para ver, incluso ni para descubrir, lo que realmente existe, como tampoco nuestros ojos están preparados para mirar directamente el sol, nuestro conocimiento habitual, nosotros mismos, tenemos que pasar por una conversión, por una transformación de lo que habitualmente consideramos es la realidad y nuestro conocimiento. De otra manera no percibiremos lo real tal cual es, en su «otredad» o heterogeneidad, ni ese «otro» que somos nosotros mismos. Necesitamos de esa transformación. Amor, poesía y religión son en sí mismas esa conversión y producto de ella. Las tres experiencias, cada una de acuerdo a su naturaleza, significan verdaderamente e implican un salto mortal: «un cambiar de naturaleza que es también un regresar a nuestra naturaleza original»<sup>8</sup>. Sólo de esta manera lo real se deja conocer como real y el conocimiento realmente conoce.

Dimensión y conocimiento sutil. Y sin embargo, la transformación que amor, poesía y religión prometen, es una transformación plena y total que tiene lugar aquí y ahora. En otras palabras, transformación y cambio no están sometidas ni a la materialidad ni al tiempo. No se dan sin ellas, pero las trascienden. Precisamente, porque son sutiles y, como sutiles están liberadas del espacio y del tiempo, de la continuidad espacial y temporal. Unidad, totalidad y presencia son sus características, sus notas<sup>9</sup>, y éstas no necesitan de espacio ni de tiempo, sólo de un aquí y de un ahora, del instante, que se torna inmaterial e intemporal y por ello es infinito y eterno.

<sup>5</sup> «Irreductible, elusiva, indefinible, imprevisible y constantemente presente en nuestras vidas, la *otredad* se confunde con la religión, la poesía, el amor y otras experiencias afines» (258).

<sup>6</sup> *Ibid.*, 148

<sup>7</sup> Cf. Antonio Machado, *Juan de Mairena I*, 207, 253.

<sup>8</sup> Octavio Paz, *ibid.*, 148.

<sup>9</sup> Es por ello que, como hemos indicado, Paz titulará el primer tomo de sus *Obras Completas, La casa de la presencia*, dedicado a la reflexión sobre la naturaleza y función de la poesía, reflexión que él calificaría ser en su caso «una segunda naturaleza». Porque «El presente de la poesía es una transfiguración: el tiempo encarna en una presencia. El poema es la casa de la presencia» (“Prólogo”, 27).

Conversión, transformación, realización plena aquí y ahora, es *creación*, en el sentido riguroso de este término, y por ello las tres facultades, amor, poesía y religión son *creadoras*. Las tres, al revelarnos lo que somos, crean lo que somos. Porque la revelación de la que aquí es cuestión es creadora, creadora de lo que revela. Las siguientes aseveraciones de Paz lo expresan muy sugestivamente: «Antes de la creación el poeta, como tal, no existe. Ni después. Es poeta gracias al poema. El poeta es una creación del poema tanto como éste de aquél»<sup>10</sup>.

Amor, poesía y religión resuelven uniendo el ser doble y en tensión que somos: ser de deseos y deseo de ser. En palabras de Paz, «En el encuentro amoroso, en la imagen poética y en la teofanía se conjugan sed y satisfacción: somos simultáneamente fruto y boca, en unidad indivisible»<sup>11</sup>.

Si en el fondo amor, poesía y religión brotan de la misma fuente, echan raíces en el mismo ser y comparten la misma pretensión, nada extraño si a lo largo del tiempo comparten también la misma suerte y tienen lenguajes muy semejantes, de manera que a veces sea difícil distinguirlos.

Así, con el triunfo en Occidente del principio parmenideano y su distinción insalvable entre ser y no ser, sobre todo con el advenimiento y endiosamiento de la razón moderna, mística y poesía, dice Paz, han vivido una «vida subsidiaria, clandestina y disminuida»<sup>12</sup>. Más aún, poesía y espiritualidad han sido objeto de persecución por parte de la racionalidad moderna y ambas se han visto exiliadas, con el desgarramiento que ello ha producido en el ser humano: «desterrado del fluir cósmico y de sí mismo». Pero aún marginadas, o peor aún, condenadas a vivir en la clandestinidad y en el exilio, poesía y mística no han dejado de expresarse y, en la medida en que lo han hecho, sus lenguajes han coincidido. La razón de ello es la ya afirmada: que ambas tienen un origen común. Por ello sus expresiones históricas —poemas, mitos, oraciones exorcismos, himnos, representaciones teatrales, ritos, etc.— son a veces indistinguibles. «Las dos, en fin, son experiencias de nuestra «otredad» constitutiva»<sup>13</sup>.

Dado, pues, lo mucho que poesía y religión tienen en común, nada extraño si un poeta como Novalis afirma una y otra vez que la poesía es como la religión en estado silvestre, y la religión, poesía práctica, poesía vivida, poesía en acto; y si, de manera aun más aguda, Coleridge (la religión *is the poetry of Mankind*)

<sup>10</sup> Ibid., 174.

<sup>11</sup> Ibid., 147.

<sup>12</sup> Ibid., 117.

<sup>13</sup> Ibid., 164.

expresa «La poesía es la religión original de la humanidad»<sup>14</sup>: la religión original, esto es, la religión anterior a los dogmas de las Iglesias y de los Estados, que nadie planteará con tanta radicalidad como William Blake<sup>15</sup>.

Por su parte, y a propósito de la facultad de poetizar, Paz expresará: «Esta facultad es análoga a la disposición divinizante que nos permite la percepción de lo santo: la facultad poetizante es una categoría a priori»<sup>16</sup> y «La categoría de lo poético, por tanto, no es sino uno de los nombres de lo sagrado»<sup>17</sup>. Este sagrado poético será el que todavía perdure y podemos captar en los textos religiosos aun cuando, como les sucede a muchos, religiosamente hayan muerto. Una señal para Paz de que lo poético es anterior y más vasto que lo religioso, pero también de que poesía y religión son poéticas.

Lo que poesía y religión tienen en común es tanto y tan profundo que Paz se preguntará cómo es posible que, teniendo una misma fuente y respondiendo a una misma dialéctica, se bifurquen hasta cristalizar en formas irreconciliables, sobre todo con la llegada de la modernidad y a partir de ella. ¿Qué es la poesía? ¿Qué es la religión? ¿Qué es lo que las distingue? Son preguntas que se hace Paz. Y en la respuesta a las mismas seguimos aún de su mano.

## 2. Poesía, revelación; religión, interpretación

Si bien, como hemos visto, para Paz poesía y religión tienen un mismo origen y una misma pretensión, también para él no dejan de presentar diferencias en su mismo origen y en la forma de realizar su pretensión. Hasta el punto de constituir dos realidades distintas, por mucho que tengan en común. De manera que la pregunta ¿cómo es que se bifurcan?, pareciera más bien retórica, pues Paz tiene la respuesta<sup>18</sup>.

<sup>14</sup> Ibid., 231.

<sup>15</sup> «El genio poético es el hombre verdadero..., las religiones de todas las naciones se derivan de diferentes recepciones del genio poético..., los Testamentos judío y cristiano derivan originalmente del genio poético...», en *All Religions are One*, 1778; citado por Octavio Paz, *ibid.*, 232.

<sup>16</sup> Ibid., 173.

<sup>17</sup> Id.

<sup>18</sup> De hecho, aunque Paz le reconoce a la poesía la naturaleza y función que se puede reconocer a lo sagrado y piensa que la misma puede ser abordada desde esta categoría, sin embargo lo que él se propone, sobre todo en el capítulo “Revelación poética” de su obra *El arco y la lira* es más bien trazar la frontera existente entre ellos y mostrar que «la poesía constituye un hecho irreductible, que sólo puede comprenderse totalmente por sí mismo y en sí mismo» (*Ibid.*, 131).

Como vimos, el origen y fuente de la poesía y de la religión es el ser original del que nos sentimos como si hubiéramos sido arrancados, pero ser original que en lo profundo de nosotros mismos somos y queremos ser, necesitamos ser. Tal es el ser que poesía y religión nos revelan. Sólo que mientras la poesía pone el acento en el ser que somos, la religión lo pone más bien en la separación y en su superación. El hecho es que la poesía se limita a revelarnos lo que somos, sin interpretación, mientras que la religión interpreta. La imagen poética se sustenta a sí misma, sin necesitar de la demostración racional ni de la recurrencia a un poder sobrenatural o divino. La poesía «es la revelación de sí mismo que el hombre se hace a sí mismo»<sup>19</sup>. En cambio la religión pretende revelarnos un misterio que, por definición, sería ajeno a nosotros, recurriendo a un origen divino. En otras palabras, y según Paz, la poesía revela, la religión interpreta.

La diferencia entre poesía y religión se encuentra, pues, en su origen mismo y en la función de ambas. Lo demás son derivaciones o consecuencias.

Al poner el énfasis en la separación y en el desgarramiento que constituye nuestro ser, la religión lo está poniendo en una realidad no deseable, dual, dividida, carente, realidad que a su vez niega, porque no la encuentra positiva ni realizadora, porque es portadora de contingencia, de falta, de finitud y de muerte, y que pretende superar. De ahí, su necesidad de interpretar. La interpretación le es connatural. Es como la manera de hallar y percibir su propia revelación. En ella la interpretación es anterior a la revelación.

No es otro el mecanismo de lo sagrado, como tampoco el de la religión en general, que al revelarnos nuestro ser creatural, abocado pues a la muerte, postula como solución una vida eterna, redimiéndonos así de la muerte, pero haciendo de la vida una larga pena y una expiación de la falta original, lo que le hace decir a Paz: «Al matar a la muerte, la religión desvive a la vida. La eternidad deshabita al instante»<sup>20</sup>. Mientras, la poesía es vida, plenitud, unión de contrarios, y, de esta manera, experiencia de unidad y totalidad.

En otras palabras, así concebidas poesía y religión, la poesía es más fundante que la religión, es primero, es más reveladora del ser que somos y es más creadora; no es interpretación, es revelación. Se diría que la poesía pone el acento más en el ser original primero que en el desgarramiento de éste, o que es capaz de ver en términos de unidad y totalidad lo que aparece separado, múltiple y dividido. Y es que la poesía, no importa de qué hable, habla siempre

<sup>19</sup> Ibid., 148.

<sup>20</sup> Ibid., 156-157.



de lo mismo, de lo uno y total, y su decir es un manar y un reengendrar sin cesar, un vivir sin fin. En ella, por ejemplo, muerte y vida no son realidades disyuntivas sino una sola realidad, una y total: «vida y muerte en un solo instante de incandescencia»<sup>21</sup>.

Con respecto a la poesía, la religión es un acto segundo. No es ella la que revela al ser humano como es, ni lo funda, como tampoco funda la realidad. La religión primero que nada interpreta. Como lo citamos más arriba, sólo la escritura poética es la revelación de sí mismo que el hombre se hace a sí mismo<sup>22</sup>. O expresado de otra manera, «No son las sagradas escrituras de las religiones las que fundan al hombre. El acto mediante el cual el hombre se funda y revela a sí mismo es la poesía»<sup>23</sup>. La religión es juicio e interpretación de lo ya existente y percibido separado, dividido, desgarrado. La revelación no es el acto primero de la religión, sino la interpretación. En palabras literales de Paz, «lo realmente distintivo de la experiencia religiosa no consiste tanto en la revelación de nuestra condición original cuanto en la interpretación de esa revelación»<sup>24</sup>.

En resumen, poesía y religión tienen mucho en común, en principio lo que podemos considerar un mismo origen y una misma pretensión, pero también y al mismo tiempo son dos realidades significativamente diferentes, de las cuales, y en un sentido fundador y creador, esto es, poético, la poesía lleva la delantera a la religión.

Al respecto hay que decir que el planteamiento de Octavio Paz es correcto, sumamente correcto, si se asume el concepto de religión que él asume, que es por lo demás el de las ciencias humanas y sociales del siglo pasado y aún de éste, e incluso el de la teología. Si bien ésta no estaría muy de acuerdo con aparecer desde el punto de vista fundador y constituyente en un segundo plano, después de la poesía.

Además, todavía hay que decir varias cosas más a favor de Paz y de su reflexión. Aunque no es un especialista en religión, como tampoco lo es en antropología y sociología de la cultura, sí manifiesta tener, sobre todo en otras obras suyas, una buena formación antropológica y sociológica al respecto, bebida sobre todo en la producción académica francesa. En otras palabras, se trata de un escritor y ensayista especialmente bien informado y formado, además

---

<sup>21</sup> Ibid., 164.

<sup>22</sup> Ibid., 148 y 229.

<sup>23</sup> Ibid., 164.

<sup>24</sup> Ibid., 173.

de poeta, que no aborda la religión como objeto de estudio en sí sino por vía de comparación y contraste para mejor expresar lo que es la poesía, y que al abordarla así, lo hace con la mayor objetividad posible, como quien aborda una creación humana cultural universal y varias veces milenaria. Es decir, no hay en él la más mínima animosidad ni prejuicio. Su visión de la religión es objetiva y fina, delicada, la que se podía y se puede esperar de alguien con formación, información y sensibilidad en ese dominio a tenor del estado actual de éste. El problema es que, así planteada la religión, creadoramente hablando, incluso axiológicamente hablando, es entonces inferior a la poesía.

Esto debiera ser revelador para quienes, reivindicándose religiosos y reivindicando la religión como lo sumo, y muy seguramente no estando de acuerdo con este dictamen, sin embargo siguen dando pie a él ofreciendo una religión inferior a la poesía. Por nuestra parte, si bien reconociendo que históricamente hablando Paz ha tenido razón en partir del concepto convencional de religión, como lo indicamos al comienzo del trabajo, nos vamos a esforzar en presentar como más pertinente otro concepto, diferente, de religión: la religión como espiritualidad. Será el concepto que mostremos en el acápite cuarto y último de este trabajo, apoyándonos precisamente en el concepto tan sublime como certero que Paz tiene de la poesía, de su naturaleza y de su función.

### 3. *Naturaleza y función específicas de la poesía*

Si no fuese porque la poesía es inseparable de la palabra, con la concreción pero también con las limitaciones que la materialidad de la palabra implica, la poesía sería la dimensión más sublime del ser humano. Tan sublime que equivaldría a lo que nosotros llamamos espiritualidad, separable siempre de su expresión y no condicionada por ésta. Con todo, tal sublimidad en la poesía evidencia una naturaleza y una función muy genuinas y peculiares. Algunas de sus notas ya han ido emergiendo en lo que llevamos de este trabajo, pero merece la pena sorprenderlas aún más en su ser y dejarse sorprender por ellas, así como por otras cualidades o propiedades nuevas.

Lo hemos evocado en el acápite anterior pero conviene enfatizarlo aún más, la poesía ante todo y sobre todo es *creación*, en el doble sentido de realidad *creada* y *creadora*. Tal es la experiencia del poeta, que Paz expresa sugestivamente de esta manera: «Antes y después del poema no hay nada ni nadie en torno; estamos a solas con nosotros; y apenas comenzamos a escribir, ese «nosotros», ese yo, también desaparece y se hunde. Inclinado sobre el papel, el poeta se despeña en sí mismo»<sup>25</sup>.

<sup>25</sup> Ibid., 170; cfr. 182-183.

Es el ser de la poesía en sí misma: una realidad tan nueva, tan otra, que no es ubicable en el *continuum* de lo que ordinariamente llamamos realidad. En este sentido no tiene un antes ni un después en ésta, porque no pertenece a ella, sino que desde todo punto de vista es diferente, nueva, otra realidad, es decir, creación y sólo creación. Y es el acto mismo del hacer poético. Hacer poesía, escribir un poema, no es expresar algo que ya estaba ahí, fuera o dentro de nosotros, esperándonos, es un acto que entraña creación, y que sólo a partir de ese momento existe e, incluso, sólo en ese momento. El poeta, dice Paz, no sabe el poema que va a escribir hasta que lo ha escrito, porque la poesía no es expresar experiencias, sino que las palabras mismas constituyen el núcleo de la experiencia<sup>26</sup>. El poeta se crea como poeta al crear el poema, así como el lector se crea como ser poético al leerlo. «En ambos casos lo poético no es algo que está fuera, en el poema, ni dentro, en nosotros, sino algo que hacemos y que nos hace»<sup>27</sup>.

Creación es el nombre para designar lo que es inasible pero profundamente real, ese ser otro que somos y que es todo sin dejar de ser lo que somos y sin que las cosas dejen de ser lo que son; nuestro ser constitutivo; la «otredad», de la que habla Paz recordando a Machado. Un ser gratuito o «don imprevisto», como también lo llama Paz. Porque tal es su ser y de esta manera se manifiesta. Nada puede suscitar su aparición, ningún medio, técnica o método, sea exterior o sea interior. Nada funcional, ningún medio del orden físico o mental, ascesis, drogas, erotismo, ni siquiera la meditación, pueden por sí sólo suscitar la aparición de la *otredad*, del *otro* que somos y que es todo. Sólo la poesía, como en su orden también el amor y la experiencia religiosa. Sólo ella lo hace presente aquí y ahora. Y no como una necesidad, sino como una presencia, como un don, un «don imprevisto».

De ahí también que la poesía sea revelación; revelación y creación. Porque al revelarnos como somos, *otros*, nos crea *otros*, y al crearnos *otros* nos revela como somos. Un proceso de incesante muerte y resurrección, porque imposible ser otro sin morir a sí mismo, aunque la «otredad» está en nosotros mismos, nosotros somos el *otro*. Nosotros, y todo, somos ese *otro*, y eso otro somos nosotros. ésta, su mutua implicación, Paz la expresará en términos que hacen recordar al maestro Eckhart, como «unidad que se resuelve en “otredad” para recomponerse en una nueva unidad»<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> Ibid., 165.

<sup>27</sup> Ibid., 174.

<sup>28</sup> Ibid., 181.

Y esto es lo que la poesía canta, esto es lo que la poesía expresa. No importa de qué hable, qué diga, siempre habla de este ser inasible pero real que somos y que es todo. Su saber no es saber de algo, es un saber testimonio. Si fuera un saber de algo, sería filosofía<sup>29</sup>. Es un saber de lo que somos y llamada a serlo, revelación de nuestra condición humana más profunda y reconciliación con ella. Es un saber que muestra, revela, y mostrando y revelando el ser *otro* que somos, lo hace presente. La experiencia poética no nos enseña ni nos dice nada, por ejemplo, sobre la libertad, sino que es la libertad misma que se hace experiencia y realiza como libre, aunque sea por un instante, al ser humano. Por ello su lenguaje es simbólico, un lenguaje que siempre dice otra cosa de lo que el lenguaje dice, un lenguaje que expresa o intenta expresar lo que el lenguaje mismo como tal no puede expresar. Por ello la poesía tiene que modificarlo, cambiarlo, metamorforizarlo. El lenguaje simbólico, con su capacidad de hacer presente y mostrar, es la única manera de expresar y realizar lo que expresa. Es la única manera de crear y realizar la unidad y la totalidad que expresa.

Creación, ser intangible, don imprevisto, la poesía, en el doble sentido de obra creada y acción creadora, es totalmente desinteresada. En ella no tiene cabida la idea o concepto de cálculo e interés, de utilidad y ganancia, de mérito y gratificación, ni sus contrarios. Todos éstos son criterios que le son ajenos. No se mide por ellos. No es de su naturaleza. Si aun y con todo quisiéramos valernos de ellos, sería para decir algo muy diferente de lo que dicen, por ejemplo, que «Todo es ganancia en la poesía. Todo es pérdida»<sup>30</sup>. Todo es ganancia, porque la poesía ya es ahora y aquí plenitud y totalidad, en ella no hay nada, pues, que ganar, puesto que ya está ganado todo. Y todo es pérdida, porque no es algo, algo que se deje poseer ni que se deje producir o causar a voluntad. Es ella más bien la que nos posee, irrumpiendo cuando quiere y como quiere. Ante ella no cabe otra actitud que la de una menesterosidad total, compatible a su vez ésta con la plenitud. Porque, unión de contrarios, la poesía es las dos cosas a la vez: ganancia y pérdida.

De igual manera y por la misma razón, porque se trata del orden de lo creado, la poesía es una realidad única, que se fundamenta y se sustenta a sí misma, que no conoce partes, ni proceso o evolución. En cada una de sus manifestaciones es una y total. Como todo poema es uno y total, y, por ello, único e irrepetible. «La poesía –escribe Paz– no es la suma de todos los poemas. Por sí misma, cada creación poética es una unidad autosuficiente. La parte es el

<sup>29</sup> Ibid., 195.

<sup>30</sup> Ibid., 170.

todo. Cada poema es único, irreductible e irrepetible»<sup>31</sup>. Incluso dentro de la producción de cada poeta cada obra es también única, aislada e irreductible. Cada poema es tan único que la “técnica” con la que el poeta lo crea «muere en el mismo momento de la creación»<sup>32</sup>. De ahí que lo que podríamos llamar “técnica poética” no sea transmisible, porque, advierte Paz, «no está hecha de recetas sino de intervenciones que sólo sirven a su creador»<sup>33</sup>. Y así tiene que mantenerse la poesía si quiere ser tal, nueva, refrescante, espontánea, creadora; huyendo de tecnicismos, estilos y manierismos, de todo aquello que la niega como creación, que la sofoca y la mata.

Todo esto es la poesía, a la vez que como el resto del arte, es empírica y concreta. De ahí su naturaleza paradójica: concreta a la vez que autosuficiente, empírica a la vez que universal, temporal a la vez que ahistórica, encarnada en una obra a la vez que libre y distante de su misma encarnación, creada a la vez que creadora. Tal es la naturaleza de la poesía, en este sentido bien diferente de la religión, que tiene que negar lo concreto, lo mediado, lo contingente.

Toda poesía lleva fecha, nace en un aquí y en un ahora, es hija del tiempo, pero no lleva fecha de caducidad. Capta la realidad de tal manera, por más coyuntural y contingente que ésta sea, que, una vez captada, permanece creada y creadora para siempre. La poesía nace en la historia pero la trasciende, y en este sentido no es histórica. Por ello la poesía tampoco decae ni progresa, cambia pero no evoluciona. La poesía es, y por ello tiene la virtud de que todos los tiempos que toca los hace presentes o, expresado de otra manera, lo que pasa en un poema, lo que éste canta, sea lo que fuere, ha pasado siempre y está pasando siempre. Su tiempo es el instante, pero un instante que comprende todos los tiempos: «Ese instante contiene todos los instantes»<sup>34</sup>. Porque «El presente de la poesía es una transfiguración: el tiempo encarna en una presencia. El poema es la casa de la presencia»<sup>35</sup>.

De ahí que tanto el conocimiento de la historia como el de la biografía, al igual que el conocimiento de disciplinas como la sociología y la psicología e incluso el de disciplinas literarias, es decir, todo conocimiento objetivo, ayuden tan poco o nada a captar lo que es la poesía. Los aportes de estas disciplinas

---

<sup>31</sup> Ibid., 43.

<sup>32</sup> Ibid., 44.

<sup>33</sup> Idem.

<sup>34</sup> Ibid., 51.

<sup>35</sup> Ibid., 27.

pueden ser imprescindibles para conocer una obra y pueden llegar incluso hasta desentrañarnos el porqué y el cómo de un poema, reconoce Paz. Pero con la misma fuerza enfatiza, no pueden decirnos qué es un poema<sup>36</sup>. Porque la naturaleza última de éste es algo que se les escapa. Qué es la poesía sólo la poesía lo sabe y sólo en la lectura de un poema es que se nos entrega. «La unidad de la poesía no puede ser asida sino a través del trato desnudo con el poema»<sup>37</sup>. Y no porque cada poema sea único, sino porque, uno, indivisible y total, en cada poema es toda la poesía la que late, ese mundo *otro*, que es el nuestro. De ahí que «la lectura de un solo poema nos revelará con mayor certeza que cualquier investigación histórica o filológica, qué es la poesía»<sup>38</sup>.

Todo lo expresado hasta aquí es posible y es real, porque la poesía es plena y total en sí misma. Ella se fundamenta y se sustenta a sí misma. Ella es su propio sentido, que en ella empieza y en ella acaba. Porque ella es su propio fin, experiencia total, nunca medio para una realización posterior. Esto es lo que hace de cada poema algo único e irreplicable, que no se pueda cambiar, que, incluso al interior de un poema, rigurosamente hablando, nada se pueda cambiar. En el discurso ordinario frases y palabras son cambiables, porque palabras, frases y el mismo discurso son medio para lo que se quiere expresar. Su sentido y significado es un *querer decir*. En el discurso poético no ocurre así. Palabras y expresiones no son un medio, son fin en sí mismas. De ahí que no sean canjeables. «Hay muchas maneras de decir la misma cosa en prosa; sólo hay una en poesía»<sup>39</sup>. En el poema las palabras son imágenes, símbolos, e imágenes y sentido son la misma cosa. En el poema expresiones y palabras han dejado de ser un instrumento, lo mismo que el lenguaje, para convertirse en el sentido mismo. Y es que tanto el poema como el poeta no quieren decir, *dicen*. Paz lo ilustra evocando a Goya: «Goya no nos describe los horrores de la guerra<sup>40</sup>: nos ofrece, sin más, la imagen de la guerra». Por ello el poema no se puede explicar, se explica por sí mismo.

Por último, es relevante para el tema de la espiritualidad que abordaremos bajo el siguiente acápite, hacernos eco también de la relación entre poesía y sociedad.

<sup>36</sup> Ibid., 44.

<sup>37</sup> Ibid., 41.

<sup>38</sup> Ibid., 50.

<sup>39</sup> Ibid., 124.

<sup>40</sup> Idem.

Dada la naturaleza de la poesía, el aporte de ésta a la sociedad no sólo es extraordinario, no sólo en el sentido de invaluable, sino de insustituible. Al revelarnos lo que somos, en nuestra condición humana más profunda, por tanto humana y social, sólo la poesía nos abre también la posibilidad de serlo. De otra manera sería imposible, comenzando por el hecho de que lo más profundo de nosotros mismos nos permanecería ignorado. Sólo la poesía nos revela la profundidad de lo que somos. Y sólo ella, al revelárnosla, la crea, nos crea. Sólo ella nos revela el ser que nos funda, la *otredad* que somos y que podemos ser. Y esto es verdad tanto de nuestro ser como individuos, como de nuestro ser social. «Aquilés y Odiseo –nos recuerda Paz– son algo más que dos figuras heroicas: son el destino griego creándose a sí mismo». Y añade: «El poema es mediación entre la sociedad y aquello que la funda. Sin Homero, el pueblo griego no sería lo que fue. El poema nos revela lo que somos y nos invita a ser eso que somos»<sup>41</sup>.

Y sin embargo, con ser tan extraordinario el aporte de la poesía a la sociedad, no es directo. No solamente no es directo, rigurosamente hablando sigue sin ser del orden de lo funcional y utilitario, conserva siempre su naturaleza trascendente. Y por ello es tan valioso e importante. Poesía y sociedad no son realidades que estén en el mismo orden, de manera que la relación entre ellas sea directa. No hay poesía sin sociedad, pero la poesía no es ratificación de la sociedad, de la palabra que la funda. Por su naturaleza misma, la poesía afirma pero niega, toma la palabra que existe, la de la sociedad, pero para decir otra cosa, para trascenderla aunque ello sea sin salir de la condición social y, por tanto, funcional de ésta. No hay sociedad sin poesía, pero la sociedad no puede realizarse como poesía, «nunca es poética»<sup>42</sup>. Ésta es la ambivalencia de la que la propia poesía es testigo. Llamadas a constituir una sola dimensión, «poetizar la vida social, socializar la palabra poética»<sup>43</sup>, son sin embargo dos, sociedad y poesía: «perpetua conjunción que se resuelve en instantánea discordia»<sup>44</sup>.

El aporte de la poesía a la sociedad como construcción es real pero indirecto. Es el aporte del sugerir, inspirar, insinuar, mostrar, nunca demostrar. Pero un aporte real. En expresión de Novalis, ya lo vimos, es el aporte del «No hace pero hace que se pueda hacer»<sup>45</sup>. Su influencia, siempre *indirecta*<sup>46</sup>, es la del

<sup>41</sup> Ibid., 67.

<sup>42</sup> Ibid., 247.

<sup>43</sup> Idem.

<sup>44</sup> Idem.

<sup>45</sup> Ibid., 175.

<sup>46</sup> Ibid., 591.

fin y sentido último, la de la dimensión última y por ello trascendente siendo immanente. La sociedad sabe cómo construirse a sí misma. En este sentido la poesía no tiene nada que aportar, es ignorancia total. Pero tampoco la sociedad sabe lo que la trasciende, para qué construir la sociedad, con qué objetivo último hacerlo, con qué finalidad, dimensión que aunque late en ella sin embargo le permanece velada, y que la poesía conoce. Y ésta es la dimensión que la poesía sí puede aportar y le aporta a la sociedad. En la medida en que la poesía aquí y ahora y sin salir de la condición social y política la trasciende. Y la trasciende no ya presentando lo social y lo político en toda su idealidad, sino en toda su realidad, en la dimensión gratuita, una y total que también tiene. Es la *otra voz* que la sociedad para construirse como tal y en su construcción siempre tiene que escuchar, máxime cuando la sociedad, como ha ocurrido en la modernidad, ha caído en la cuenta de que es ella sola la que se construye a sí misma y la sola responsable de su construcción.

Lo ideal sería que poesía y razón se fecundasen y se encarnasen mutuamente: poetizar la sociedad y socializar la poesía. Pero no es lo que ha sucedido en la modernidad, ni es lo que sigue sucediendo. De ahí el antagonismo entre modernidad y poesía. Asentada sobre la razón y la técnica, la historia de la modernidad ha sido de desencuentro con la poesía. Sin embargo, «Si el hombre olvidase a la poesía, se olvidaría de sí mismo. Regresaría al caos original»<sup>47</sup>.

Después de esta síntesis tan apretada de los hallazgos principales de Octavio Paz sobre qué es la poesía, es tan elocuente que haya pueblos sin prosa pero no sin poesía, como que hayan sido los poetas los primeros que han revelado que la eternidad y lo absoluto no están más allá de nuestros sentidos, sino en ellos mismos<sup>48</sup>. La poesía es una de las mayores realizaciones humanas. La gratuidad que evidencia es una de las dimensiones más humanas. Sin embargo, y en relación con la espiritualidad, lo que limita a la poesía es aquello precisamente que le hace ser lo sublime que es: la palabra; que para ser tenga que expresarse en ella, que tenga que crearse creando palabras. En este sentido la espiritualidad es más libre, no depende de las palabras. Existe y se crea sin ellas. En este sentido, la espiritualidad es más poética que la propia poesía. Es lo que pretendemos mostrar a continuación apoyándonos para ello en los propios hallazgos que Paz ha hecho sobre la poesía.

<sup>47</sup> Ibid., 592.

<sup>48</sup> Ibid., 21.



#### 4. *La espiritualidad, más poética que la poesía*

Es cierto que la religión, más preocupada por la escisión del ser que parecemos sufrir que por el ser mismo que, aun escindidos, somos, es interpretación, y que en tal sentido no es fundadora de nuestro ser, porque no es revelación sino más bien superación y remedio. El mismo nombre con el que se vincula la religión lo dice: salvación. Pero no así la espiritualidad. Ésta es auténtica y verdadera develación, y en este sentido, revelación total, lo que hace innecesaria toda interpretación. En la espiritualidad como experiencia no hay nada que interpretar, sólo ver. Porque la espiritualidad es la experiencia del ser, la experiencia total del ser total, «la unidad en la unidad», como diría el maestro Eckhart. No hay nada que interpretar, como si la espiritualidad no fuera lo último y, detrás o más allá de ella, hubiera algo más. Se puede decir que, contrariamente a la religión que se fija en la escisión, la espiritualidad se centra en el ser unido y total que somos.

Sin duda que históricamente hablando antes ha sido la poesía que la religión, antes lo poético que lo divino, e incluso antes que la espiritualidad, como muy plausiblemente ésta ha sido anterior a la religión. Bien puede ser que el ser humano haya hecho antes el hallazgo de la poesía que el de la espiritualidad. Pero ésta va mucho más allá de la poesía, es mucho más sutil. Se trata de una cualidad humana superior, la más profunda de todas. Por espiritual que sea, por sutil que sea, la poesía es siempre un decir con palabras. Ésta es su condición. No puede ser de otra manera. Sin palabras la poesía sería otra cosa, dejaría de ser poesía. Aún más, es un decir con palabras únicas, insustituibles, es decir, la poesía no solamente trabaja con palabras, sino que trabaja con palabras necesarias, únicas, incanjeables. Además de que el decir de la poesía nunca es abstracto, siempre es concreto, siempre es un decir sobre esto o aquello. Y ello sin ningún demérito de la libertad y trascendencia que la caracteriza. Porque expresándose así, la poesía siempre expresa lo indecible; siendo temporal e histórica, es instantánea y es eterna, y de esta manera, es de todos los tiempos.

A la poesía le es tan esencial la palabra, que es mediante ésta que la poesía viene a la existencia y crea. No es algo que tenga existencia anterior o independiente de la palabra. Sin la palabra y antes de ella, la poesía carece de existencia. Sin ella no existe o, como dice Octavio Paz, «la belleza es inasible sin las palabras»<sup>49</sup>. Hasta este punto la palabra le es esencial a la poesía. La poesía es palabra creada. La palabra es su condición de ser, es su manera de ser, es su ser. La poesía no sólo expresa el ser de una manera encarnada, sino

<sup>49</sup> Ibid., 57.

que el ser mismo que expresa es encarnado, o solamente lo puede expresar en la medida en que lo encarna. Por ello, aun y con todo lo sublime que es, la poesía es de acá, de acá del horizonte que marca el límite entre lo que no se puede conocer y lo que se conoce, entre lo que no se puede expresar y lo que sí se puede expresar. No puede quedarse del lado de allá. Apenas se asoma, de inmediato se vuelve para expresar lo que ha visto.

La espiritualidad se queda en la parte de allá, que, como en la poesía, no es otra cosa que la dimensión más profunda y omnipresente de la parte de acá. Pero se queda en esa dimensión. Es esa dimensión hecha experiencia, sin testigo y sin palabras. Esta experiencia, una vez pasada, se puede expresar en palabras. Pero, a diferencia de la poesía, no le son esenciales, puede pasar sin ellas y de hecho pasa sin ellas. La experiencia espiritual ocurre siempre sin palabras. Cuando se expresa en éstas, ya no es la experiencia, es la experiencia poéticamente expresada, es poesía. Con la diferencia de que, dada su naturaleza como experiencia, es una expresión que tampoco se queda en sí misma sino que, por paradójico que parezca, sólo se expresa para salir de sí misma como expresión y, saliendo de sí misma, apuntar a la experiencia y llevar a ella.

A la poesía, como al resto del arte, le es esencial el fondo y la forma, para hablar de una manera clásica. Es un conocimiento con fondo y forma, si bien el fondo expresado por esta forma sea indelimitable. Así es como el mismo fondo, el mismo ser, la misma dimensión, puede dar origen, y lo da, a formas incesantemente nuevas, no limitadas a unas pocas y, menos aún, a una sola. Pero por más creativas que poesía y artes en general sean, siempre tienen que serlo dando lugar a formas y mediante éstas, nunca sin ellas. El arte está obligado no a esta forma o a aquella otra, pero sí a la forma. Y las obras concretas están tan vinculadas a formas concretas que se identifican con éstas. Las obras de arte, incluida la poesía, son las formas. La espiritualidad, no. La espiritualidad es un conocimiento, una experiencia, sin fondo ni forma, totalmente libre de ambos. Porque es la experiencia en sí, del ser en sí, nunca de alguien, tanto el sentido objetivo o subjetivo del genitivo, ni de algo. Hasta el punto incluso de que tal experiencia no es un acto, algo que irrumpa, algo que acontezca, pues sujeto, objeto y experiencia son la misma cosa, sin distinción. Y la espiritualidad, en caso de que se exprese, cosa que no le es necesaria para existir, nunca es la forma en la que se expresa, símbolos o ritos. Está siempre más allá de éstos.

Concebida así la espiritualidad, y de esta manera creemos que hay que concebirla, como la experiencia más sublime en términos de calidad humana que el ser humano puede lograr, la espiritualidad es también revelación y creación, revelación y creación por antonomasia, no interpretación, con su connotación de fe y salvación religiosa, y, mucho menos aún, construcción moral del ser

humano. La espiritualidad es revelación y creación de nuestro ser en tanto ser, nuestro ser autorrevelándose y autocreándose, sin palabras, sin la mediación de éstas. Es autorrevelación y autocreación del ser que es todo y que somos, y en esa medida revelación y creación que nos constituye y nos funda. La poesía habla de esta constitución y fundación, la espiritualidad la realiza, la espiritualidad es la fundación y constitución misma. Si según Paz «La poesía no se siente: se dice», la espiritualidad como tal ni siquiera se dice<sup>50</sup>: es.

Aquí habría que corregir la sentencia de Paz, según la cual y a diferencia de las Sagradas Escrituras, «la escritura poética es la revelación de sí mismo que el hombre se hace a sí mismo»<sup>51</sup>. Si históricamente hablando, dado el comportamiento de la religión y tal como éste ha quedado registrado en las Sagradas Escrituras, tiene razón, no es así en el caso de la espiritualidad. Ésta, más aún que la poesía, es la revelación de sí mismo que el hombre se hace a sí mismo. Ninguna otra revelación la supera en sutileza y profundidad. De ahí que, si bien es cierto que históricamente hablando la espiritualidad expresó con frecuencia sus hallazgos y se expresó a sí misma religiosamente, a través de unas creencias y unas interpretaciones, ella en sí misma considerada no es religiosa, porque no es interpretación ni creencias. Es la revelación, sin ningún filtro y ninguna pretensión, del ser humano a sí mismo. Es la revelación más laica que puede existir: la revelación que el ser se hace al ser o, más simplemente, la revelación del ser.

Si ya la poesía no es un conocer algo o sobre algo, mucho más la espiritualidad, que, como hemos dicho, es conocimiento sin fondo ni forma. Por eso se la suele calificar de conocimiento silencioso. Porque para que esta experiencia sin fondo ni forma se dé, todo fondo y forma tienen que ser silenciados, desaparecer, incluido el conocimiento que es el arte, incluido el conocimiento de la poesía, que, aunque no sea de algo ni sobre algo, es siempre conocimiento inseparable de la forma y obtenido en ésta, gracias a ella. De cara a la espiritualidad como experiencia, aun la misma poesía tiene que callar<sup>52</sup>, aunque como reveladora de la dimensión sutil e iniciadora a la misma puede ayudar durante cierto trecho. Porque aun la misma poesía es conocimiento que hace ruido, en tanto es conocimiento con forma y en la forma. De hecho la misma meditación, medio espiritual tan valorado y recomendado para lograr la contemplación, en

<sup>50</sup> Ibid., 165.

<sup>51</sup> Ibid., 229.

<sup>52</sup> Hablando de la belleza en general, escribe Marià Corbí, «Pero la belleza es sólo el gran chambelán que guía hasta la puerta del rey, pero que tiene que quedarse fuera», en su obra *Métodos de silenciamiento*, 88.

modo alguno es un medio para lograr una especie de experiencia poética, sino incluso para superar ésta, silenciándola. La espiritualidad como experiencia es conocimiento puro y simple, más puro y simple que el conocimiento poético; sin fondo ni forma, sin mediaciones ni contenidos. No sabe de nada ni sobre nada. Es conocimiento puro total.

Lo mismo sucede en el orden del significado y del valor. La espiritualidad no es significado o valor de algo y para algo. Es gratuidad pura y total, don imprevisto, como lo llama Paz, que irrumpe cuando quiere y como quiere, que no se le puede provocar y causar. Al no ser conocimiento de algo y sobre algo, tampoco es teoría o técnica que, seguida y aplicada, produce el estado deseado. Entre ambos órdenes hay un abismo teórica y técnicamente insalvable. Conocimiento y ejercicios previos preparan, limpian, silencian, afinan sentidos y percepción, aguzan el entendimiento, pero nunca producen la experiencia. Ésta es una creación. Y hablar de creación significa hablar de algo que antes no existía, de algo original y nuevo, que no estaba ni está contenido en nada, que es nuevo a partir de sí mismo. Verdaderamente gratuidad, don imprevisto y que, por ello, en sí mismo considerado, no supone ninguna condición moral superior por parte de quien lo experimenta y lo recibe. En este nivel, buenomalo, superior-inferior, mejor-peor, son criterios insuficientes y que no rigen. Sólo rigen la constatación del hecho y de su posibilidad universal. Así como le ocurrió a uno aquí y ahora, puede ocurrir a todos siempre. La preparación necesaria, ascética y moral, y que incluso va más allá de éstas, no explica la experiencia nueva, la dimensión nueva, la creación que ha tenido lugar. Aun en el hombre y mujer más preparados la desproporción entre ambas es total.

De nuevo aquí, si bien el poeta también tiene que pasar por el silencio y permanecer en él, de manera que lo que brota es creación, genuina creación, pero de algo en una forma, el espiritual pasa por un silencio más total aún, de modo que lo que brota es el conocimiento más allá de todo fondo y de toda forma, creación genuina y total, creación de la experiencia que llamamos espiritualidad. Como el poeta, pero de forma más radical y profunda, de forma total, el espiritual no dice verdades espirituales ni las sigue, crea realidades dueñas de su verdad, la realidad de la espiritualidad como experiencia con su verdad. El hombre y la mujer espirituales son los creadores por antonomasia de realidad. Nadie más creadores de realidad que ellos. En nadie ni en nada como en ellos la creación ha alcanzado una verdad tan profunda. Sólo en ellos la creación es creación de nada material, creación pura, creación creándose a sí misma.

Realidad dueña de su propia verdad, sólo se la puede conocer desde ella misma y, auxiliariamente, sólo se la puede intuir a partir del lenguaje simbólico mismo en el que se expresa, nunca a través de racionalizaciones, análisis

crítico-históricos, filológicos, socioculturales, psicosociales y teológicos. Estos análisis constituyen una ayuda, pero nunca pueden sustituir la lectura simbólica espiritual del texto espiritual. Esta lectura en empatía del texto y con él, es irremplazable. Nunca puede faltar. La única manera de entender un texto espiritual es leyéndolo espiritualmente, en tanto texto que apunta a esta dimensión inefable que llamamos espiritual, como la única manera de entender un texto poético es leyéndolo poéticamente. Un “como” proporcional, porque no se trata del mismo tipo de lectura.

Ambos lenguajes, poético y espiritual, son simbólicos, pero tienen que ser leídos de manera muy diferente. El mundo sutil expresado por el poema está en el poema mismo y ahí hay que percibirlo, sentirlo y captarlo. No está fuera del poema, en la subjetividad de su creador ni en la pretendida evolución de éste o de un determinado poema. Está ya en este poema concreto, aquí y ahora, y ahí hay que verlo. El poema o poemas futuros con grandes parecidos y hasta coincidencias de forma y contenido, serán otros poemas, cada uno autosuficiente, único y total en sí mismo. Y la subjetividad del poeta mientras no se exprese creadoramente en palabras no es poesía. En el lenguaje simbólico espiritual no ocurre así.

La dimensión sutil de lo espiritual, su realidad, su experiencia, está más allá, en el fondo en la realidad tal cual es y, por ello, en toda realidad, pero no en la forma simbólica de expresarla. Ésta apenas es un medio para expresar aquélla, necesario, y por ello no indiferente sino sometido a la creación simbólica exigente que la sutilidad de lo espiritual demanda, pero sólo un medio. Nunca el símbolo o símbolos en función de expresar lo espiritual contiene o contienen en sí mismos lo espiritual, como el arte, sí contienen la belleza. Lo espiritual como dimensión es literalmente inefable, y en este sentido de ningún modo se puede expresar, ni siquiera simbólicamente. Los maestros y maestras espirituales de todas las tradiciones han tenido una conciencia muy clara de ello y así lo manifiestan en sus enseñanzas. En el dominio de lo espiritual el símbolo apunta, motiva, incita a su experiencia, pero, propiamente hablando, no la expresa, no la puede expresar, y por ello no lo podemos leer ni siquiera como leemos o percibimos el arte. A éste lo leemos, escuchamos y contemplamos como conteniendo la belleza, los símbolos espirituales los leemos apuntando a la espiritualidad como experiencia. Leer los símbolos en función de la experiencia espiritual como leemos los símbolos en función del arte sería un gravísimo error e induciría a cometer muchos más. Entre otros, la espiritualidad como dimensión y experiencia quedaría gravemente devaluada, y los dogmatismos, idolatrías y fundamentalismos más variados, con su carga de agresividad, intransigencia e intolerancia, encontrarían en ella su mejor fuente.

En este sentido, y de manera contraria, teólogos cristianos y pensadores afines tendrían que revisar expresiones que, por otra parte, les resultan muy queridas, como la del ser humano creado a “imagen” de Dios y Jesucristo como “símbolo” e “ícono” de Dios. Si ser humano y Jesucristo se entienden como símbolos remitiendo a Dios, aquí el uso del símbolo no sería correcto. Ser humano y Jesucristo no remiten a Dios, sino que en sí mismos son Dios, son divinos, son unos y totales. La dimensión a la que los términos imagen, símbolo e ícono remiten se encuentra en ellos mismos, no está en otro lugar o en otro ser, diferente de ellos, que se llamaría Dios, está en ellos y es ellos. Está en ellos mismos y es ellos mismos, empíricos y concretos pero a la vez dotados de una dimensión divina, sin que, por otra parte, ésta se deje aprehender o ver de manera ordinaria. Esta dimensión sólo se deja aprehender o ver de lo que los maestros espirituales han llamado el “ojo del Espíritu”. De ahí que la respuesta de Jesús a Felipe en el Evangelio de Juan (Jn 1, 9), «El que me ha visto a mí ha visto al Padre», es cierta pero para quien lo ha podido ver con ese ojo. Y por ello Felipe también tenía razón en pedirle «Muéstranos al Padre», porque lo que veía era lo que su «ojo de la carne» y su «ojo de la mente» le permitían ver, un ser humano muy especial y valioso, pero nada más. Jesús, como el Buda, como cualquier hombre y mujer plenamente espirituales, no puede expresar con su ser lo que realmente es, ni tampoco quienes los descubren como tales<sup>53</sup>. Tanto el lenguaje de ellos hablando de esta dimensión como el de aquéllos que la descubrieron en ellos tiene que hacerse simbólico, porque no hay otra forma de expresarlo. Pero, recordemos, en cuanto a la experiencia espiritual, lo simbólico no la puede expresar, sólo puede apuntar a ella. Y si en cuanto a ellos, Jesús, Buda, Mahoma..., quisiéramos considerarlos símbolos, serían símbolos de la realidad invisible pero plena y total que son ellos mismos, no símbolos de otra cosa o de alguien.

Por último, una referencia a la relación espiritualidad-sociedad. Como la sociedad no sería humana sin la poesía, porque le faltaría la revelación de lo que es y lo que la podría crear como es, tampoco sería humana sin la espiritualidad. La revelación poética, aun y con lo extraordinaria que es, es limitada, porque es una revelación inseparable de la forma y, en la medida en que es inseparable de la forma, no es humanamente hablando una, plena y total. Ni es humanamente hablando una, plena y total, ni tiene la capacidad de mostrarnos la dimensión última del ser, del ser que es todo, incluidos nosotros. Por ello tampoco tiene la capacidad de transformar el ser, de hacer que todo aparezca como en el fondo es, uno, pleno y total. Bajo la poesía, bajo el arte, todo aparece con forma, y

<sup>53</sup> Marià Corbí, *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, 254-255.

la forma por reveladora que sea presenta limitación, opacidad y resistencia. El único ser uno, pleno y total es el ser sin forma, el ser prácticamente sin ser, porque “el ser” y “ser” ya es una objetivación de nuestro conocimiento. El único ser uno, pleno y total es al que accedemos mediante ese conocimiento sin fondo ni forma que llamamos espiritualidad. Aquí la transformación es total, de lo que llamamos realidad, como lo que es exterior al ser humano, pero también del yo que somos todos los seres humanos, una transformación que se expresa en «Esto en verdad es eso» y «Tú eres eso», de las Upanisads.

La poesía, el arte, al ser inseparable de la forma, crea un mundo de formas, paralelo a mundo pragmático existente, y a la luz de su mundo de formas transforma y cambia el mundo real existente. No puede hacer de otra manera. La espiritualidad en tanto experiencia no crea un mundo de formas, no es un mundo diferente, es el mundo existente, la única realidad que existe, transformado y visto como tal, a la vez que sigue siendo el mundo contingente, problemático y limitado que es. En la experiencia espiritual ambos mundos son el mismo mundo. Sólo en ella ambos mundos se hacen uno, son uno. Y en este sentido la espiritualidad es la única dimensión donde lo humano, y con lo humano todo, adquiere su plenitud. En ninguna otra realización la sociedad puede encontrar ésta. De ahí la importancia de la espiritualidad como el cultivo de la cualidad humana más profunda para toda sociedad humana. Si para ser plenamente ella misma, no puede prescindir de la poesía, tampoco puede prescindir de la espiritualidad, comparativamente hablando menos aún. Aunque no tiene mucho sentido comparar, ya que para la sociedad no se trata de escoger entre una y otra, sino de desarrollar ambas.

El aporte de la espiritualidad a la sociedad es extraordinario, en el sentido de invaluable, es insustituible, pero, como el de la poesía, es indirecto también. El aporte de la espiritualidad es un aporte de fin, de valor y significación últimos, pero no de construcción propiamente tal. En este dominio, como la poesía, la espiritualidad es totalmente ignorante, sólo la sociedad es competente en su propia construcción. Y en este sentido el aporte de la espiritualidad en la construcción de la sociedad es real, imprescindible, valiosísimo, pero indirecto. No hay comunicación directa de la una a la otra. Aunque aspiramos a ello no sabemos, y nunca sabremos, cómo, hablando con rigor, se espiritualiza la sociedad y cómo se socializa la espiritualidad.

Entre espiritualidad y sociedad, como entre espiritualidad e individuo, se da una diferencia de ser y epistemológica tal que sólo mediante un salto se supera, lo que da lugar a una verdadera y auténtica creación. Y sin embargo ello no quiere decir que el cultivo que se pueda hacer de espiritualidad y de sociedad en mutua referencia sea indiferente. Hablando con todo rigor, insistimos en este



término, no conocemos qué es lo que espiritualiza la sociedad, cómo ni cuándo, ni qué es lo que socializa la espiritualidad. Pero sí sabemos que el cultivo en mutua referencia de ambas es condición necesaria, aunque no sea suficiente, para que la transformación deseada se produzca. Y, ya lo sabemos, experimentamos que el trabajo de la sociedad en una dirección así, la creación de una cultura en función de la realización plena y total del ser humano, y por tanto espiritual, es lo único que puede hacer que nuestras sociedades comiencen a ser cualitativamente diferentes, mucho más humanas, mucho más solidarias, mucho más realizadas y mucho más felices. Una transformación que, sin ser última, ya necesitamos y, en todo caso, una transformación digna del ser humano.

En todo caso, en su aporte a la construcción de la sociedad como proyecto humano, poesía y religión no entrarían en confrontación como si fueran rivales, resultando de ello una separación creciente que se registra en la modernidad, sino que se entenderían muy bien y se complementarían. Porque si «La misión del poeta consiste en ser la voz de ese movimiento que dice “No” a Dios y a sus jerarcas y “Sí” los hombres», y «Las Escrituras del mundo nuevo serán las palabras del poeta revelando a un hombre libre de dioses y señores, ya sin intermediarios frente a la muerte y a la vida»<sup>54</sup>, ésta será también la misión del espiritual y el mensaje que aporten sus palabras. Un aporte, el de ambas, poesía y espiritualidad, más revolucionario que el de la propia revolución.

## Bibliografía

- CORBÍ, Marià. *Religión sin religión*. Madrid: PPC, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Métodos de silenciamiento*. Barcelona: CETR, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*. Barcelona: Herder, 2007.
- MACHADO, Antonio. *Juan de Mairena I*, sexta edición (edición de Antonio Fernández Ferrer). Madrid, Cátedra, 2006.
- Paz, Octavio. “Los signos en rotación”. En *La casa de la presencia. Poesía e historia*, tomo I, cuarta edición (edición del autor). México, Círculo de Lectores/Fondo de Cultura Económica, 2003.
- \_\_\_\_\_. “El arco y la lira”. En *La casa de la presencia. Poesía e historia*, tomo I, cuarta edición (edición del autor). México, Círculo de Lectores/ Fondo de Cultura Económica, 2003.

<sup>54</sup> Octavio Paz, *ibid.*, 231.